

PRÓLOGO

Ausonio¹ incluye en su canto al río Mosela abundantes referencias personales al viñedo y al paisaje del Garona que tan bien conocía; incluso, al final del texto, en su firma se permite darnos referencias de su casa, que estaba «entre los confines de los galos y la elevada Pirene, allí donde la alegre Aquitania suaviza sus costumbres nativas» (*Mossela* 438-442).

Salvando las distancias, ante el libro que recoge el estudio de la cerámica de Oiasso (Irún), me vienen una y otra vez a la memoria recuerdos de una trayectoria que arranca nada menos que en 1983, con los primeros descubrimientos de minería romana en el Bidasoa. Jalonan lo que me atrevo a llamar *una senda de vida*, una experiencia vital, en la que confluyen infinidad de iniciativas y proyectos nacidos para llenar el inmenso vacío de una Arqueología *histórica*, prácticamente inexistente en los territorios vascos del Atlántico. Ciertamente la Prehistoria (o mejor dicho, el Paleolítico) ha ejercido una poderosa atracción, tanta que ha eclipsado los demás períodos del pasado, pero además se ha defendido de forma generalizada la idea de la resistencia de los vascos a ser romanizados. Como es bien sabido, la pervivencia de la lengua vasca —de origen pre-indoeuropeo— se ha explicado gracias a esa situación de aislamiento frente al dominio del latín y, en consecuencia, no ha habido interés por estudiar una etapa cultural, la romana, supuestamente ausente en la evolución his-

tórica del país. Pero, como veremos, la trayectoria a la que me refería al inicio ha servido para modificar esa situación y para dar valor a las investigaciones arqueológicas de los períodos históricos en general, y de los tiempos romanos particularmente.

Por ordenar estos antecedentes que han hecho posible reunir los 128.000 fragmentos de cerámica y clasificarlos siguiendo una metodología avanzada y novedosa en nuestro entorno, cuestiones estas esenciales en el estudio que tienen los lectores en sus manos, listaré cuatro palabras clave: minas, Oiasso, Museo de Londres y Arkeolan.

Minas porque, como he adelantado, sirvieron para iniciar este periplo en 1983. Fue en el coto minero de Arditurri, en Oiartzun, y el artículo con la noticia de las primeras 9 galerías romanas descubiertas que publiqué con Txomin Ugalde en la revista *Munibe*² apenas hizo ruido. Había ya un eco del pasado romano de esas explotaciones y a nadie le sobresaltó la noticia de unos pequeños vaciados de ese período y en ese contexto. Para cuando vio la luz, además, acababan de cerrarse y abandonarse las explotaciones, de modo que quedó en suspenso el conflicto de intereses entre la conservación patrimonial y el avance de los frentes de los trabajos a cielo abierto. Con los años se han llegado a descubrir más de 3 km de galerías (incluido un acueducto en funcionamiento para drenar y mantener secas las zonas más ricas de los filones)

¹ Poeta de origen bordelés que educó a Graciano, hijo del emperador Valentiniano, en Tréveris.

² M. Urteaga y Tx. Ugalde. «Indicios de minería romana en Arditurri (Oyazun)», *Munibe* XXXVIII, 1986, pp. 107-117.

repartidos por todo el anillo metamórfico de la Peña de Aia (Oiartzun, pero también en Irún, Bera y Le-saka). La espectacularidad del paisaje subterráneo descubierto, resultado de la extracción de minerales de plomo argentífero, cobre y hierro ha impulsado, además, la habilitación de los equipamientos necesarios para hacerlos visitables, como es el caso del coto ya citado de Arditurri, que cuenta con un centro de interpretación abierto desde el año 2008.

De esas investigaciones arqueológicas, que han servido para desenterrar galerías originales colmatadas y reconocer las técnicas mineras, se presentan algunas referencias en este libro; no son muchas pero sirven para integrar la variable de los ambientes mineros que, en gran medida, marcan la identidad de la Oiasso romana, la segunda de las palabras claves señaladas.

En una ocasión reciente³ he señalado que Oiasso tiene todos los ingredientes de «una aventura superlativa». En menos de cincuenta años y de la nada, ha ido surgiendo toda una «ciudad» de más de diez hectáreas de extensión que ha logrado resetear la memoria del pasado histórico de Guipúzcoa, además de construir un patrimonio arqueológico excepcional con el que se ha podido —entre otras cosas— dotar un museo monográfico: el museo romano Oiasso, que abrió sus puertas en el año 2006.

El primer episodio de esta singular andanza es del año 1969; en esa fecha, Jaime Rodríguez Salís (descendiente de una saga de intelectuales afincada desde hace generaciones en la casa de Beraun, situada frente al solar en el que se descubrieron las termas) se presentó ante el alcalde de Irún, a propósito de un plan municipal para construir un anfiteatro al aire libre en la plaza de la iglesia parroquial del Juncal. Tranquilamente le planteó que en ese lugar había restos de una antigua ciudad romana. Su hipótesis de trabajo contaba con que la Oiasso, citada en las fuentes, se situaba en Irún y no en Oiartzun como proponían los más aventurados. Se basaba en los datos aportados por los geógrafos antiguos que establecieron su situación en el litoral, al final de la calzada procedente de *Tarraco* y en la misma frontera entre Iberia y Aquitania; además, contaba con la etimología del lugar, emparentada con *Pompelo-Iruñea* y *Veleia-Iruña*. Aunque parezca sorprendente, el alcalde (Antonio Tejedor) le dio autorización para abrir los sondeos y se comprometió a no hacer la obra en el caso de que

hubiera restos romanos en la zona. El caso es que los encontraron⁴ y el anfiteatro no se construyó. Al poco, en 1971, Rodríguez Salís relacionó la advocación de la ermita dedicada a santa Elena, también en Irún, con el nombre de la madre del emperador Constantino y llevó a cabo un programa de prospección en el interior del edificio que, nuevamente, tuvo resultados positivos; dio de lleno con varias urnas de cremación y, ante la envergadura del descubrimiento, pidió a Ignacio Barandiarán —profesor de Arqueología en la Universidad de Zaragoza en aquellos años— que se hiciera cargo de la excavación. Vino acompañado de un joven ayudante, Manuel Martín Bueno, que tuvo además su bautismo de buceo en el fondeadero de Asturiaga (Hondarribia). En total recuperaron 106 urnas funerarias, ajuares asociados y tres mausoleos.⁵ Parecía que esto era todo lo que daba de sí el yacimiento y sin más hitos destacados transcurrieron varios años hasta el episodio citado de la minería romana de 1983, que tuvo su continuidad en el término de Irún, con la localización de un complejo minero en la zona de Altamira.⁶ Sin embargo, el descubrimiento que iba a cambiar totalmente la percepción sobre la importancia arqueológica de Irún estaba por llegar. Pero, antes de seguir con el relato, conviene introducir la tercera de las palabras anunciadas: el Museo de Londres.

Empujada por mi director de tesis, don Alberto Balil, me planté en Londres en 1985 donde, gracias al consejo de Juan Zozaya —con el que había participado en el proyecto internacional de la fortaleza islámica de Gormaz (Soria)—, pude incorporarme al Departamento de Arqueología Urbana del Museo de Londres. Especializada en el estudio de tejidos arqueológicos trabajaba allí Francis Pitchard, con la que había coincidido en Gormaz, y ella me abrió las puertas. Volví totalmente convencida de la necesidad de proteger los archivos arqueológicos de las ciudades antiguas, de hacerlo con la metodología que el DUA había desarrollado a partir del *Harris Matrix System*, y con equipos y medios profesionales, frente al amateurismo y la dedicación estival comunes en el entorno hispano. Tuve suerte porque la Diputación Foral de Guipúzcoa accedió a que organizara un curso de formación en Arqueología Urbana (1987-1989) para

⁴ J. Rodríguez Salís y J.L. Tobie. «Terra sigillata de Irún», *Munibe* XXIII, 1971, pp. 187-221.

⁵ I. Barandiarán, M. Martín Bueno, J. Rodríguez Salís. *Santa Elena de Irún. Excavación arqueológica de 1971 y 1972*, Donostia-San Sebastián, 1999.

⁶ M. Urteaga y Tx. Ugalde. «La mina de Altamira III, Irún (Guipúzcoa)», *Actas del I Congreso Internacional Astorga Romana*, Tomo I, 1986, pp. 237-244.

³ M. Urteaga. «El museo Oiasso de Irún: Las oportunidades de la frontera en la divulgación del período romano». *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 35 / 2017. Número extraordinario «150 años de museos arqueológicos en España», pp. 2011-2019.

licenciados y ya no hubo quién parara el movimiento a favor de metodologías renovadas y figuras laborales que hoy son tan comunes en el ejercicio profesional de la Arqueología. En ese curso se delimitaron las zonas arqueológicas de los cascos históricos herederos de las fundaciones de villazgo medieval de Guipúzcoa mediante planos de topografía arqueológica, siguiendo el modelo londinense, y se sumó Irún a ese listado por los hallazgos romanos que se habían producido hasta entonces. En ese primer ensayo se planteó ya la posibilidad de que su ubicación estuviera ligada a la navegación en el estuario. Una posterior visita del arqueólogo del DUA John Schofield (1991) —al que acompañé hasta el casco de Hondarribia— repitió la posibilidad de encontrar instalaciones portuarias en las zonas colmatadas y convertidas en suelo urbano de los márgenes del estuario del Bidasoa, tal y como había ocurrido en Londres. Pocos meses después —en el invierno de 1992— se confirmó la sospecha con el descubrimiento del primer puerto romano de la península ibérica en la calle Santiago de Irún.

El revuelo en esta ocasión fue tremendo; insultos mientras se realizaban los trabajos, columnas y cartas de opinión con cargas explosivas en los periódicos. En fin, incredulidad y sorpresa ante unos testimonios rotundos, entre los que sobresalían las cimentaciones de madera de los muelles perfectamente conservadas y los miles de fragmentos de cerámica romana, acompañados de vidrios, suelas de calzado de cuero, semillas y un largo etcétera. Pero, además, a partir de ese descubrimiento fue un suma y sigue constante hasta el año 2012; más registros portuarios en los solares Santifer (1993), Paternayn (1994), Tadeo Murgia (1996 y 1998), Santiago 27, Santiago 24 y 26 (2001) y Santiago 55, 57 y 59-Bidasoa 3 (2008). Y junto con los registros portuarios, una serie de testimonios vinculados a la ocupación urbana, como la herrería en la calle Beraketa (1997), el complejo de las termas (1996, 2002 y 2005) y una gran explanación artificial en la que se extendía el área urbana romana bajo las plazas de San Juan y Jenaro Echandía (2010 y 2012). Con el tiempo, no ha habido más remedio que aceptar la presencia romana en nuestras tierras y considerar nuevas interpretaciones antropológicas que expliquen las peculiaridades de la identidad vasca en el presente.

Todas las intervenciones arqueológicas anteriormente citadas se organizaron y llevaron a cabo con el equipo de la Fundación Arkeolan, cuarta y última palabra clave de la serie anunciada.

Arkeolan se fundó en 1989 para recoger y continuar con la experiencia de aquel curso que patrocinó la

Diputación Foral de Guipúzcoa destinado a promover la arqueología urbana y el desarrollo profesional de la actividad. Desde los inicios fue sumando activos que, en el caso de Oiasso, llevan el nombre de Jaime Rodríguez Salís, y en el de Arqueología Romana, el de Javier Arce Martínez, por citar dos de los apoyos principales. Contra viento y marea ha ido abriendo una vía inédita por los márgenes del mundo académico y contando con el *benchmarking* del DUA (Department of Urban Archaeology) del Museo de Londres, luego MoLAS (Museum of London Archaeology Services); ahora MOLA (Museum of London Archaeology). Centrándonos en la cerámica romana, la clave se sitúa en 1997, cuando lideramos el proyecto europeo *Caesar*. A través de ese programa, Robin Symonds, responsable de ceramología romana del MoLAS, vino a Irún y aplicó su metodología al lote de casi 14.000 fragmentos cerámicos procedentes de las primeras excavaciones en el puerto romano de la calle Santiago.

Hasta aquí el espíritu de Ausonio; veamos ahora la obra realizada por la Dra. Amondarain partiendo de ese embrión de 14.000 fragmentos de cerámica romana.

En primer lugar destaca el número de fragmentos estudiados, que asciende a 127.898; ha sumado las colecciones de todas esas intervenciones arqueológicas realizadas hasta el año 2012. Es, sin lugar a dudas, una cifra inusual en las investigaciones de cerámica romana, y más porque proceden de un mismo yacimiento, lo que nos da una idea de la envergadura del proyecto. De la envergadura y de la novedad porque ha sido posible analizar todos esos fragmentos contando con una variable que prácticamente no se había tenido en cuenta en nuestro entorno: la pasta, también llamada *fábrica* por la traducción directa del término *fabric* de la metodología británica. Lo normal es clasificar, por una parte, aquellos fragmentos de los que es posible reconstruir partes o la forma completa, y, por otra, los que cuentan con decoración. Sin embargo, si se añade el análisis de las características de la pasta con la que se elaboró la pieza, el estudio pasa a ser holístico ya que se pueden obtener datos sobre la procedencia, cronología, cuantificación global, etc.

Amondarain organiza el *corpus* de las pastas en fichas pormenorizadas en las que describe las características visuales, los ingredientes, la densidad, color, textura y demás propiedades. Además, establece relaciones con pastas similares de las que dan cuenta otros autores y las asocia con los diversos objetos a los que sirve de soporte. Acompaña el texto con la fotografía en la que se observa el corte fresco de la pasta.

Llama la atención desde luego que los casi 128.000 fragmentos se reparten únicamente entre 92 tipos de pastas. Algunas están presentes con unos pocos ejemplares y, de otras, hay miles, pero sigue quedando claro que la fabricación de cerámica estaba industrializada y estandarizada en el mundo romano.

La clasificación tipológica también resulta igual de vanguardista que la incorporación sistemática de la identificación de la pasta porque se ha hecho siguiendo el esquema de los 9 grupos construido por los ceramólogos británicos partiendo de la propuesta de Tyers y Marsh.⁷ Supone ordenar todo el espectro formal cerámico en tan solo 9 tipos generales: ollas, jarras, vasos, cuencos, platos, copas, morteros, ánforas y miscelánea. En una segunda categoría vienen las variantes particulares y, para todos los casos, se tiene en cuenta la cronología y las funciones. En total se han identificado 229 tipos diferentes. Para cada uno de ellos se incluye información sistematizada con la descripción, denominaciones, origen, difusión y cronología; esta última analizando la bibliografía y también la secuencia estratigráfica de procedencia. Se incluye también el dibujo normalizado del tipo en cuestión.

Cada una de las variables de la clasificación se reduce a un código de letras o de números con el objetivo de facilitar el procesamiento informático de toda la información. Ocurre también con el campo de la decoración que, en este estudio, procede directamente de los códigos y nomenclátor de las ceramotecas británicas. De esas bases de datos se han tomado 39 entradas para la clasificación decorativa de los ajuares de Oïasso.

92 pastas, 229 formas y 39 repertorios decorativos resumen la trama básica del estudio de clasificación. Una trama que en sí misma es una contribución de

gran envergadura porque lo habitual es estudiar por separado las producciones más habituales: la *sigillata*, las paredes finas, las ánforas, las lucernas o la cerámica común de un determinado yacimiento. En este libro están todas esas producciones, todas y cada una de ellas, en un alarde de trabajo minucioso a gran escala. Pero además la clasificación da paso a un ensayo de identificación de la procedencia que viene a ser un análisis en profundidad del consumo cerámico de Oïasso a lo largo de varios siglos.

Tiene este libro otra gran virtud y es la claridad —y generosidad— con la que se describe el método y se presentan las pautas para aplicarlo en otras colecciones de cerámica romana. Cualquier investigador interesado en utilizar el sistema de clasificación por pastas cuenta en este libro con las referencias y explicaciones necesarias y suficientes para hacerlo.

Me queda citar el valor de la obra como fuente de información estratégica para seguir avanzando en el conocimiento de Oïasso, pero también de la presencia romana en el área atlántica y de su versión portuaria en cualquier punto importante de la navegación marítima y también fluvial. Para mí significa completar una etapa de las investigaciones y abordar las siguientes con el apoyo y la ayuda de una base de datos extraordinaria, avanzando a partir de ahora en esta aventura a velocidad de crucero. Lo bueno del caso es que el beneficio puede ser compartido también por la gran comunidad de investigadores interesados por Roma y su historia.

MERTXE URTEAGA
Diputación Foral de Guipúzcoa
Donostia-San Sebastián,
a 27 de septiembre de 2018

⁷ P. Tyers, P. y G. Marsh. «The roman pottery from Southwark», en *Southwark excavations 1972-1974*, Joint Publication 1. London and Middlesex Archaeological Society. Surrey Archaeological Society, 1979, pp. 553-619.

AGRADECIMIENTOS

Deseo comenzar este estudio investigación expresando mi agradecimiento a una serie de personas e instituciones por la ayuda, consejo y colaboración prestada durante la elaboración del mismo, sin la cual hubiera sido imposible su conclusión.

En primer lugar al Dr. Ángel Morillo Cerdán y la Dra. Mercedes Urteaga Artigas, directores de este trabajo, ofreciéndome todo lo que estaba en su mano para ayudarme a resolver todas aquellas dudas y problemas que han ido surgiendo a lo largo de estos años, así como su continuo ánimo y estímulo.

A la Fundación Arkeolan, que puso a mi disposición todos los recursos necesarios, así como a todos sus miembros —y, además, amigos— gracias a los

cuales pude llevar a cabo este trabajo. En especial a Pia Alkain Sorondo, que siempre supo sacar tiempo de sus obligaciones para poder ayudarme y aconsejarme. Tampoco puedo olvidarme de la Diputación Foral de Guipúzcoa por el impulso final.

Por último, a todos los familiares —a los que están y a los que ya no están— amigos y compañeros que a lo largo de este trabajo, a veces inagotable y duro, han contribuido con su paciencia, aliento y cariño a su término.

Y, como no podía ser de otra forma, a Ales, que ha sufrido su difícil y larga realización.

A todos ellos, gracias.